

María del Carmen Vázquez Mantecón

La palabra del poder

*La vida pública de José María Tornel
(1795-1853)*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2008

269 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 28)

Ilustraciones.

ISBN 978-970-32-5000-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/palabra/poder.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

INTRODUCCIÓN

El eje temporal de esta historia se sitúa durante la primera mitad del siglo XIX. Un suceso clave marcó su inicio —la revolución de independencia— y permeó sin duda su devenir. Aquellas generaciones no sólo estrenaron el término “autonomía política” sino muchos conceptos y discursos que eran parte de esa modernidad. La última etapa de la vida colonial fue como la expresión del progreso y a la vez del atraso que había provocado la política metropolitana en su “joya más preciada”. Las tensiones se sentían en casi todos los sectores sociales que convivían en la Nueva España al iniciarse el decimonono siglo. Fuera por resentimiento, o por hacerse de una identidad, o por reclamo a su situación, o por la necesidad de un ajuste de cuentas con lo hispano, pero en el estallido contra la política de la corona española convergió y se puso de manifiesto el mosaico variado de intereses que se entretejían en una territorialidad muy extensa, escasamente poblada y descuidada en muchas de sus regiones.

El eje espacial de esta historia es la tierra que se nombrara Nueva España y que primero sería Imperio Mexicano y después Méjico (o México). Cuando estrenó su independencia extendía su límite norte hasta el paralelo 42 y hacia el sur incluía lo que ahora se denomina América del Centro. Entre 1821 y 1854, perdió más de la mitad de su extensión después de haber sucumbido en guerras que resultaron costosas e inútiles. La población total hacia 1821 era de seis millones de habitantes. Se ha calculado que era tal la desigualdad que el 20 por ciento acaparaba el bienestar frente a un 80 por ciento de desposeídos. El XIX mexicano se caracterizó además por ser el siglo de las rebeliones indígenas y campesinas por la defensa de sus tierras y su autonomía, que sucumbirían finalmente al triunfo de la propiedad individual sostenida primero por los criollos y luego por los mestizos.

El siglo XIX fue, por excelencia y según José María Tornel, el siglo del liberalismo. México lo adoptaría a través de un grupo de intelectuales y también políticos mexicanos, aunque en aquella primera mitad esta doctrina, incluidos todos sus matices, no asentó sus reales. Contendió y alternó con los variados intereses de los que se decían guardianes y conservadores de las tradiciones. Esta lucha no sólo se dirimió en el Congreso sino también en el campo de batalla. A las guerras

de invasión de los extranjeros, el medio siglo agregó a su recuento una nutrida cantidad de golpes de Estado, cuartelazos, motines y batallas campales. El triunfo casi siempre se resolvía en éstas, y ¿cómo no iban a solucionar así el problema sus caudillos si eran en esencia militares? Para referirse a esa primera mitad del siglo XIX, los autores liberales que escribieron la apoteosis de su triunfo hacia el fin de esa centuria lo comprimieron en la rápida definición de “anárquico”. El periodo también se conoce como “la era de las revoluciones de Santa Anna”, porque éste fue el triunfador, y, aunque fue uno de sus protagonistas principales, otros caudillos, poco nombrados por cierto, pretendieron asimismo modificar el rumbo del país de acuerdo con sus ideales. El debate mayor en términos políticos dividía las opiniones entre la república y la monarquía, con todos sus derivados. Aquella generación probó todas las formas de gobierno para reconocer al final que todas eran inoperables.

Un personaje singular atraviesa cada uno de los escenarios políticos que se ensayaron en aquel México. Se trata de José María Tornel y Mendivil (1795-1853), quien surgió al mundo público al servicio de los caudillos más importantes y nunca aspiró a ocupar la presidencia del país. (En mi proyecto inicial, publicado en *Históricas*, enero-abril de 1991, yo había escrito que Tornel nació en 1797 porque esa fecha aparece en el *Diccionario Porrúa*, y también pensaba entonces que él había aspirado a la jefatura del Poder Ejecutivo.) Su vida y su actuación política nos acercan a esa media centuria tan cambiante. Muy pronto supo hacer indispensables sus servicios con Agustín de Iturbide y, de ahí, continuó en ascenso con Guadalupe Victoria, Vicente Guerrero, Anastasio Bustamante, Miguel Barragán, José Justo Corro, Nicolás Bravo, Mariano Paredes y Antonio López de Santa Anna, monarca y presidentes que abarcaron casi todo ese periodo. José María Tornel fue, a la vez, político e intelectual del poder. Se convirtió en un afamado orador y redactor de discursos, manifiestos, proclamas, decretos, leyes, bandos, órdenes, comunicados y votos. También fue un polemista, amante de los combates del ingenio; con gran habilidad, defendía las ideas de cada gobierno, protegiendo su criterio, con un estilo en el que convivían armoniosamente lo clásico y lo romántico al apelar a las emociones, pero al satisfacer al mismo tiempo una necesidad de orden y permanencia. A lo largo de su vida acumuló palabras impresas a la par que nombramientos y siempre encontró la manera de justificar sus virajes espectaculares con el argumento de que había servido a su patria y no a los hombres. Tirios y troyanos dijeron que era un buen orador. En sus “oraciones” públicas dejaba en claro su sensibilidad para entender el lenguaje como un útil instrumento del

poder, su preocupación por la expresión más que por la sustancia y su huida de los hechos hacia frases hermosas, sentimentales y sagradas.

En su imaginario estaban los emperadores y senadores romanos, la ilustración de Revillagigedo, las hazañas de Bonaparte, el romanticismo de los franceses, el patriotismo de Byron, la astucia de Francis Bacon, las premoniciones de Alexis de Tocqueville, las desventuras de Troya, las enseñanzas de Virgilio, el ardor melancólico de Dante, la sublimidad de Milton, el destino de Marco Tulio Cicerón, el justo medio de Luis Felipe de Orleáns, la unión americana al modo de Simón Bolívar. Todo esto formaría parte de su discurso y por lo tanto del de muchos caudillos para los que escribía. Sin embargo, su imagen más poderosa era creerse una especie de escogido por Dios para salvar a México de su desaparición. Para ello, Tornel defendió lo que fuera necesario defender. Su palabra fue el apoyo de los cambios. Aunque se hacía pasar por poco inteligente, siempre se manifestó deseoso de actuar por la patria. Por ella, él sentía que escribía como Julio César y que redactaba las proclamas como Napoleón. De hecho, los pseudónimos con los que firmó algunos de sus escritos afirman lo dicho: *El Patriota*, *El Amante de la Verdad*, *Un Filósofo*, *Un Mexicano*, *Tulio*. También firmó en una ocasión como si hubiera sido el hijo de Santa Anna (José López de Santa Anna) y representó y dirigió la logia La India Azteca. Usó el concepto de patria como sinónimo del de nación y, al mismo tiempo, diferenció a ésta del pueblo al decir que es la nación la que tenía el derecho de darse leyes y cambiarlas, mientras que él no podía contradecir su voluntad.

Su producción literaria fue más abundante cuando estaba sin ocupar un cargo público. Salvo en su etapa radical-populista, gustaba mucho de mandar mensajes en latín, que son la clave para descifrar el acertijo de sus pasiones. De repente, decía palabras en francés y, desde que estuvo en los Estados Unidos como embajador, en inglés. Era amante de introducir citas célebres, de escribir epigramas y epitafios. Las traducciones que hizo de algunos artículos franceses e ingleses fueron para él una oportunidad para glosar sus ideas y para censurar las que no compartía. En su juventud radical, fue coeditor de un periódico que se nombró *El Amigo del Pueblo*. Se preocupó por dar a conocer documentos *útiles a la ciencia*, pero sobre todo se aficionó a escribir artículos sobre temas muy variados, en los que dominó su defensa de la nación mexicana, la de Santa Anna —a quien identificó con la nación— y la de él mismo, como el más fiel servidor de la patria. Mientras estuvo activo en la administración pública, gustaba de lo lujoso, del dispendio, de comprar casas y haciendas, de convertirse en mecenazas de artistas. José María Tornel y Mendivil confiaba en su atractivo

físico, en su facilidad de palabra, en sus propias recomendaciones —que decía con ademanes trágicos. En este siglo que también se ha definido como un gran escenario en el que sus personajes eran los actores de sí mismos, Tornel demostró que él fue un gran representante de sus propios papeles, que desempeñó lleno de gesticulaciones y de entradas y salidas dramáticas y apopléticas, pero, sobre todo, que creía en su papel en cada escena y, por lo tanto, que creía en sus palabras.

De naturaleza enfermiza y afecto a los pellizcos de rapé, vivió entre padecimientos pulmonares, apoplejías y diarreas frecuentes. Sin embargo, esto no impidió una vida llena de puestos públicos y artículos por escribir. Algunas creencias que adquirió desde la infancia se avivaron con el paso del tiempo. Siempre se dijo católico, representó a los nacionalistas contra aquellos que defendían la supremacía de los españoles y de Hernán Cortés como fundador de la nacionalidad, reforzó la idea de tener un ejército numeroso y protegió la propiedad privada. Fue de los pocos en su tiempo que refirieron como innegable la incorporación de los *descendientes de África* a la raza mexicana. Siempre luchó por que su país se convirtiera en una *tierra de consuelo para los infelices* y por la soberanía de su territorio. Pontificó que la fiesta del 16 de septiembre era la de los creadores del pacto de esa *gran familia mexicana*. Tenía esperanza en la salvación de su patria porque, por ser americana, contaba con valores y riquezas, pero, sobre todo, porque tenía la lengua castellana, la religión católica, y el favorecimiento de la Divina Providencia.

Sin embargo, su peculiar actuación política durante cuarenta años consecutivos (1813-1853) despertó mucha incomodidad entre sus contemporáneos. Fue uno de los hombres que sufrieron más ataques de la prensa y de los escritores de folletos de entonces. No contó con opiniones favorables de personas consideradas independientes o importantes. Tampoco pasó inadvertido para los que relataron desde aquel tiempo su versión sobre los sucesos mexicanos a partir de la independencia. Para defenderse, Tornel decía que su vida había sido un permanente combate a brazo abierto contra la calumnia. Sus armas fueron sus propias palabras y las de sus apologistas, que también hizo públicas. Sus opositores folletistas lo llamaron redactor municipal; le rezaron el “Padrenuestro Tornelito que estás en los cielos del gobierno del Distrito”; se burlaron de sus “latinorus”; dijeron que nunca tuvo fe política, que le valía lo mismo el diablo que san Miguel; que fue un pillo “pansista” [*sic*], esto es, que engordó su panza a costa del dinero público; que fue muy hábil para plegarse a todas las circunstancias, que Santa Anna estaba fascinado con su astucia, que sus discursos estaban llenos de palabras pomposas, altisonantes y sin re-

sultados; definieron el “tornelismo” como el infinito aspirantismo; hicieron público que tenía una amante; lo sintieron como un personaje que había estado en la escena política por muchos años, desempeñando el papel de “dama vieja del Coliseo”. También lo vieron como un político que jugaba al republicano populista con ademanes teatrales de los antiguos virreyes; como un actor que podría representar muy bien un Godoy, un Seyano, o un Voltaire ataviado con mitra de obispo. Decían que era como el triángulo de la orquesta, porque por sus trescientos lados políticos siempre sonaba lo mismo, esto es, al gusto del que lo hacía sonar. Lo definieron como un pseudopolítico que conspiraba por la ruina de su patria, porque se creía un sabio que sabía formar proclamas, traducir del francés y citar a algunos autores modernos extranjeros.

La única mujer que lo describió fue la esposa de Ángel Calderón de la Barca, primer embajador de España en México. Doña Francis, en su libro *La vida en México*, dijo de él que era un hombre célebre, de dudosas opiniones políticas, ostentoso, bien parecido, con bastante instrucción superficial, envanecido por sus atractivos personales, frívolo, ligero, que se gobernaba exclusivamente por sus conveniencias. Otros extranjeros lo definieron como discípulo de Poinsett, como un escritor elegante, hombre prominente de México, hábil, agudo y rencoroso. El norteamericano Waddy Thompson, en *Recollections of México*, dijo que era particularmente refinado, muy elegante, y que poseía una personalidad atractiva en todos los aspectos. Aunque le habían dicho que ese hombre tenía otra cara, creía que eran chismes típicos “de la ciudad más chismosa del mundo”. Mathieu de Fossey en *Le Mexique* lo pintó como un hombre que odiaba a los franceses y lo europeo. El alemán Carlos von Gagern en *Totle und Lebende* recordó que a Tornel le gustaba hablar el inglés con ostentación para que todos lo oyeran, pero que era un buen amigo.

También lo retrataron muchos de sus contemporáneos mexicanos. Para Lorenzo de Zavala, en su *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, Tornel fue un infiel de la conciencia por seguir a la fortuna, que jamás tomó un color permanente. José María Luis Mora, en *México y sus revoluciones* y en *Revista política de las diversas administraciones que ha tenido la República hasta 1837*, lo vio como el favorito de Victoria, como un lacayo, un ciego y obediente servidor del presidente Santa Anna, como un hombre que no retrocedía jamás delante de la voluntad del amo a quien servía, voraz para apoderarse de los caudales públicos, sin vergüenza ni pudor, que no tenía nada en común con el honor, uno de los jefes del partido santannista; en suma, como un militar que “mantenía virgen su espada”. Gómez Fa-

rías, en su correspondencia privada, pensaba de él que era un promotor de la monarquía, un ladrón, un político conocido porque siempre tenía opiniones y frases que vender al dictador. Para Juan Suárez y Navarro, en *Historia de México y del general Antonio López de Santa Anna*, Tornel fue el vínculo de Victoria con los yorkinos y un gobernador demócrata. Por su parte, José María Bocanegra escribió en *Memorias para la historia de México independiente, 1821-1846* que Tornel se atribuía logros de los otros y que era un exagerado, que fue un hombre de mucha influencia sobre Victoria y un apto y eficaz gobernador del Distrito. Para Anastasio Zerecero, en *Memorias para la historia de las revoluciones en México*, Tornel fue un ministro que prostituyó al ejército. Lucas Alamán, en su *Historia de Méjico* y en sus cartas personales, creía que era un hombre que después de la independencia había desempeñado uno de los principales papeles en la república, ataviado como tránsito de la conveniencia.

Guillermo Prieto, en *Memorias de mis tiempos* y en *Viajes de orden suprema*, lo percibió como un farol arrogante, de movimientos trágicos, de lengua fácil, lleno de imágenes hiperbólicas y retumbantes, por lo que lo apodaban “Don Pomposo Rimbomba” a partir de que así lo nombró Luis Martínez de Castro. Dijo que fue un personaje adulado por la historia y por la “voluble fortuna”, muy calumniado, pero también muy desconocido. Lo pintó con una naturaleza enferma de la que sobresalía la llama de su inteligencia superior, con una talla elevada, frente espaciosa, ojos negros y rasgados, nariz afilada y labios delgados y expresivos. Consideraba que por su voz y sus actitudes se había ganado varios apodosos y censuras, aunque estaba dotado de una imaginación ardiente y juvenil, enriquecida por una cultura superficial. Su conversación le parecía amena porque la sembraba de epigramas punzantes. Admiraba su lirismo, su talento claro y el hecho de que, en medio de un follaje de palabras “ampolludas” y retumbantes, aparecieran de repente flores de verdadera elocuencia. Lo veía frecuentemente poseído por su papel, con grandes gestos y modulaciones de voz, jugando al astuto, al hábil, al audaz. Dijo que, como todos los hombres singulares, inspiraba amor u odio, pero nunca desprecio, por lo que sus enemigos lo censuraron y sus amigos lo deificaron. Lo imaginaba como un político “cuyas pasiones no pertenecían a su sexo”, porque en sus iras había algo de la mujer celosa y en sus afectos algo de la amante. Creía que su único error había sido no reconocer la derrota, por no haber sabido retirarse a tiempo de la escena política.

De todos sus contemporáneos que lo describieron, dejó al último la versión de Carlos María de Bustamante por el enorme espacio que le dedicó a lo largo de su vida política en sus historias publicadas, en

folletos y en su diario. Muchas de estas opiniones aparecieron sin firma en distintos periódicos. Se refería a él con términos despectivos y aun procaces. Le parecía que Tornel era un “pedante de cámara”, un coronel que no le había visto la cara al enemigo; decía que Guadalupe Victoria pensaba con su cabeza, que era un redactor con estilo fanfarrón e insignificante, que debiera tener por modelo la elocuencia de Nezahualcóyotl. Creía que sus opositores le habían “descubierto las nalgas” y que era un hombre “tiznado”, que quería parecer un patriota immaculado. Dijo que era alborotador, intrigante, que era jamonero, carbonero y vendedor de “reliquia” de los zangarros en un tendajo de tlacos en Orizaba. Lo llamó “pendejo de solemnidad”, sinvergüenza, mentecato, energúmeno, menguado, podrido, canalla feroz, cobarde e ignorante, botarate indecente, zaragate, “corre ve y dile”, malvado, venal. Pensaba que todo se le resbalaba, que se dejaba untar la mano con las onzas de oro de los gachupines, que pertenecía a una gavilla de rufianes y lo apodó “Tronera”. Lo describió como un hombre que se dejaba rodear por gendarmes y aduladores, que se daba aires de príncipe, que había envilecido la magistratura. También como un tunante que procuraba “renchir el vientre y comer a dos carrillos”, un “bocadito” que estaba muy radicado en el corazón de Victoria, un desatornillado que cuando lo desconcertaban callaba “como un puto”, uno de los primeros “fautores” de justicias escandalosas, un amante de las calaveradas, un insolente, un farsante, un hombre que quería hacer un papel brillante en la historia en medio de puerilidades y locuras. Dijo que daba una en el clavo y ciento en la herradura, que se inflaba como un pavo, que hablaba a veces con una voz hueca, campanuda y altisonante, que se creía Napoleón, que daba respuestas de oráculo y de gran tono, que era un hombre que ceñía espada de palo y alentaba coraje. Destacó que se daba aires teatrales, que se sentía el virrey Revillagigedo y no era más que un *petit* Marat, que era un fariseo y un fatuo, un autor de molotes, que daba las noticias oficiales en actitud de bailar boleras, que nació para echarlo a perder todo, que había robado cuanto había podido. Sostuvo que fue un delincuente protegido por Santa Anna, un pájaro de cuenta, un autor de partes militares cómicos, un jugador en San Agustín de las Cuevas, un corrupto que vendía los títulos de oficiales del ejército, un político que visitaba a Santa Anna acompañado por su manceba, que hacía arengas con un bello decir, un afortunado que se había encontrado con una mina de oro, un veleidoso e inconstante, sin fe política, un diablo predicador. Hacia el fin de sus días Bustamante reconoció tal vez que el amor y el odio no son tan lejanos. Dijo en su *Diario* que él había amado mucho a Tornel, quien le había brindado su amistad, porque, a

pesar de haber diferido en ideas, en lo demás habían simpatizado. Le agradeció el afecto que siempre tuvo por su difunta esposa y el hecho de que agilizará el pago de su exigua pensión. Entonces le pareció un hombre conocido por su talento, travesura y principios, que tenía atractivos, que era caballeroso y elocuente y que sabía conducirse en sociedad.

Entre los que no lo conocieron pero que escribieron sobre él está Victoriano Salado Álvarez, quien lo definió en *Episodios nacionales mexicanos* como la quintaesencia de la cortesanía, de ingenio positivo, instruido, disertó, lleno de amor por el arte y los artistas, por lo que, dice, era llamado “El Lorenzo Magnífico mexicano”. Enrique Olavarría y Ferrari apuntó en el tomo IV de *México a través de los siglos* que Tornel fue un hombre duro de alma, que sentía poco respeto por las conveniencias sociales. En su libro *Lecciones de literatura* Rafael Delgado escribió que nuestro personaje fue un orador elocuente. Luis González Obregón, en *Las calles de México*, recogió una anécdota de Ignacio Manuel Altamirano que decía que Tornel fue el burlador de Carlos María de Bustamante al hacerle creer que le regalaba el cetro de Nezahualcóyotl. Para el militar Alberto María Carreño, en *Jefes del ejército mexicano en 1847*, Tornel poseía una buena conducta civil y militar y un buen nombre en la sociedad, especialmente entre los literatos. Manuel B. Trens lo llamó en su *Historia de Veracruz* “el culto cuanto improbo”, y, por último, Agustín Millares Carlo, en *Repertorio bibliográfico*, lo designó como un “bombástico humanista”.

Todo este revuelo justifica la apasionante aventura de intentar escribir sobre la vida de este personaje que formó parte de un mundo político; que le tocó celebrar la gloria de su independencia y decorar, por ello, casas, edificios y calles; que inició el festejo de otras fechas y otros hombres; que inauguró sus instituciones; que emprendió batallas, y que se preocupó también por el honor y por el ejercicio de las virtudes políticas. Para la versión liberal, algunos hombres de la primera mitad del siglo no merecen ningún tipo de recuerdo, de calle o de estatua. Tornel es uno de los pocos cuyo nombre honra una pequeña vía del barrio de Tacubaya, gracia que le fue concedida en el siglo XX por haber sido gobernador.

El poder ha contado a lo largo de su historia con servidores que a través de su acción aspiraron a ser el equilibrio, la palabra y el complemento del gobernante. Son conocidas en este sentido las figuras del cardenal de Richelieu (1585-1642), del conde-duque de Olivares (1587-1645), de Mazarino (1602-1661), de Talleyrand (1754-1838), y la de Fouché (1759-1820), que emparentan en más de un aspecto con la peculiar actuación de Tornel. Ellos supieron hacerse de una bien

pagada red de relaciones y de informadores y se amoldaron a las circunstancias sin unirse de manera irrevocable a alguien o a algo. Todos fueron acusados de enriquecimiento ilícito y compartían una gran habilidad para mostrarse superiores a la virtud. Sin embargo, las pretensiones de Tornel y su cercanía con los poderosos lo aproximan también —toda proporción guardada— a la figura política del *cihuacóatl* en la organización del poder en México-Tenochtitlan. El *tlatoani* o rey compartía el poder —aunque no en total igualdad— con un funcionario que nombraban *cihuacóatl*, en honor de Cihuacóatl, advocación con la que designaban a la comparte femenina de Quetzalcóatl. Simbólicamente, el *cihuacóatl* complementaba a su opuesto —que era una reencarnación de Quetzalcóatl— para dar al poder el equilibrio necesario. En otro orden de asuntos, Max Weber escribió que “quien hace política aspira al poder”, y no fue otro el anhelo de nuestro personaje.

El relato de la vida de Tornel puede periodizarse en cinco grandes etapas dentro de las cuales caben numerosas escenas de su vida pública. El primer periodo se refiere a sus distintos orígenes: el que corresponde a su genealogía, el que determinó su vocación y el que le dio entrada al mundo político. El segundo, el de su ascenso vertiginoso al poder, lo llevó a sentirse el complemento indispensable del jefe máximo y culminó con la demostración de fidelidad que guardaba a su propia imagen. El tercero, tocante al vaivén en el que se vio inmerso por servir al mismo tiempo a los dos hombres fuertes de la etapa centralista, duró toda una década. El cuarto fue su época de mayor esplendor y también la de su mayor desgracia, la cual preludió el quinto y último, que da cuenta de su elección por Santa Anna, el caudillo triunfador, y de su muerte repentina. Es precisamente con este episodio que doy inicio al relato de su vida, que se cerrará con el recuento de su fama póstuma. Al final ofrezco al lector una cronología, que facilita la ubicación política de nuestro personaje, un curioso escrito del mismo Tornel que redactó a modo de testamento y en el que enumera sus herederos, sus bienes y sus deudas, y dos bibliografías: la de sus escritos públicos y la de las fuentes que sirvieron de base a mi investigación. Para distinguir las palabras de José María Tornel las he puesto en cursivas.

Escribir sobre la vida y la obra de este *cihuacóatl* moderno, que estuvo activo en todos los proyectos políticos que se intentaron entre la revolución de independencia y la de Ayutla (1810-1854), implica la revisión de los sucesos políticos y sociales importantes, de la relación que guardaron entre sí sus personajes principales —de la mayoría de los cuales no tenemos una biografía— y de la moral y los valores que estuvieron vigentes durante ese medio siglo. La sola investigación del

material estrictamente torneliano es ya una empresa ardua. Para escribir estas páginas me he basado en muchos documentos de primera mano de distintos acervos y en algunos libros escritos tanto en aquel tiempo como en el que vivimos. Hay, sin duda, documentos y obras que no aparecen en la bibliografía e interpretaciones que se quedaron en el tintero. A pesar de todo, pienso que estas páginas pueden contribuir a dar sentido a una etapa llamativa y poco conocida y a un característico discurso — por demás vigente entre muchos políticos mexicanos— a través de la acción de un peculiar profesional de la política que se sintió siempre indispensable para el poderoso en turno, y, por sobre todas las cosas, el mayor servidor y amante de la nación.